



# Tiempos revueltos

José Luis Murcia

**E**l suelo comenzó a resquebrajarse bajo sus pies. Un fortísimo golpe de calor se agolpó en sus mejillas mientras éstas se inflaban como un globo de feria. A la altura del estómago sintió como si una fuerza extracorpórea se hubiese introducido en su interior y le hiciese un nudo marinero. Respiró profundamente. Profusamente. Una y otra vez. Una y otra vez hasta que sintió que sus pulmones volvían de nuevo a funcionar con normalidad. Hasta que se percató de que el mundo volvía a ocupar

su sitio. En un acto reflejo pasó sus manos por parte de su cuerpo. Desde la cabeza, situándolas a uno y otro lado del rostro, hasta las caderas. Respiró de nuevo. Miró a izquierda y derecha. Se frotó los ojos con los dedos índice y pulgar de cada una de sus manos. Pero no era un sueño. Ni una alucinación. Ni...

Había llegado ayer mismo a la ciudad después de treinta y seis años en Venezuela. Santa Cruz de Tenerife parecía otra urbe. Cada uno de sus rincones respiraba libertad, ilusiones, anhelos, amor y, sobre todo, esperanza.

Podía imaginar haberlo encontrado antes en cualquier parte del mundo. Durante muchos años, y aún ahora, pensaba que le vería doblar la esquina; en Manhattan, en los alrededores del Palacio Presidencial de Caracas, en la Recoleta o el barrio de Caballito de Buenos Aires, en la plaza Mayor de Colonia de Sacramento en Uruguay o en la plaza de la Revolución de México. Pero no. Fue mucho más cerca del lugar que a ambos les vio nacer y, más concretamente, en el Mercado Municipal de Nuestra Señora de África, de la capital tinerfeña. Tenía en las manos un puñado de papas negras. De las pequeñas. Las auténticas. Las que portan una carne tan amarilla como los plumones de un polluelo. Treinta y seis años por sus vidas. Treinta y seis años de frustraciones y desencantos. De insultos, ultrajes y discriminaciones, pero también de lucha por sus derechos. De lucha por la vida y la integridad.

*Un corazón  
ahorcado,  
que esté  
podrido  
segregando  
hastío.  
Píntalo  
negro  
lleno de mugre  
y arrugado  
como el mío...  
un corazón  
que tiemble  
como el niño  
cuando tiene  
frío.*

Este poema del anarcosindicalista José Perdomo, que firmó con el seudónimo de *Cosme la obra*, le acompañó siempre. Era como un grito desgarrador y nihilista contra la injusticia de los años que pasó preso en la prisión de Fyffes, los almacenes de plátanos de Canarias que los británicos, sus propietarios, cedieron a las tropas

franquistas para hacinar a los presos del bando contrario. Allí, republicanos, anarquistas, maestros, médicos, humanistas y hasta falangistas disidentes purgaron sus culpas. En su caso, un librepensador joven, le llevó allí su orientación sexual. A los ojos de aquella sociedad arcaica y machista era un maricón apestado, una escoria que podía corromper el nuevo orden que se avecinaba.

Arcadio había compartido celda con el republicano José Antonio Rial, quien tras siete años de peregrinación por las cárceles canarias, entre ellas la de Fyffes, que fue título de una de sus obras, "La prisión de Fyffes", se marchó a Venezuela donde aún vive y recuerda con horror "el castigo que implica prohibición absoluta, el castigo que condena a no ser, que somete a ser noche, no de las estrellas, sino abismo negro sin fondo, sin mar y sin riberas".

Recordaba también las palabras de otro poeta tinerfeño, también como él emigrado a Venezuela, Ricardo García de la Rosa, quien en la antología dedicada a los versos de Fyffes, y editada por el Centro de la Cultura Popular Canaria, escribía que "estos hombres nuestros, político-poetas, en medio del dolor apostaron por escribir contra la muerte. La dignidad del vejado, torturado, condenado a la pérdida de todo, definiendo así celosamente el alma desgarrada". Con el alma desgarrada se sintió él durante todos estos años cuando no le quedó más remedio que poner agua, mucha agua, casi toda la del océano Atlántico, de por medio.

Habían sido varios años de privación de libertad, de castración de sus ideas humanistas, de insultos y vejaciones continuas de quienes se creían en posesión de la verdad y de quienes se otorgaban a sí mismos la capacidad de decidir por los demás y de imponerles sus ¿ideas? políticas, culturales, religiosas y hasta amorosas. Sin embargo, no todo fue negativo en la prisión. Tuvo la enorme suerte de conocer a una impor-

tante pléyade de intelectuales con los que compartió tertulias, pensamientos, anhelos...; pero a quienes el devenir de los tiempos les trajo suertes muy dispares. Unos murieron en prisión o en el destierro, otros contrajeron enfermedades que a la postre fueron incurables y tuvieron un final agónico y trágico, otros quedaron marcados psíquicamente para siempre y sufrieron depresiones que anularon en buena parte su voluntad, otros, como Arcadio, optaron por marcharse de su patria y perdieron todo lo que más querían y, finalmente, algunos apostaron por el exilio interior y por la dureza de enfrentarse todos los días a aquellos que les miraban como perdedores, como bichos raros a quienes se había perdonado la vida.

Y, sobre todo, la prisión fue el lugar donde le conoció. Juan era apenas un imberbe veinteañero al que la Universidad, sus amistades y su círculo familiar le habían llevado a abrazar la fe falangista. Se había sentido subyugado por la parafernalia de las camisas azules, las boinas rojas y los correaes negros, así como por las noticias que, hábilmente filtradas, llegaban de la Italia mussoliniana y sus increíbles logros sociales.

Por eso Juan no entendía a Arcadio. Pero sí comprendía que esa España que le abría los brazos, que aplaudía su porte de corte fascista y su decidida apuesta por un orden nuevo, iba a rechazar de pleno su orientación sexual, al menos que, como otros muchos, la llevara de tapadillo y en la más estricta intimidad. Y es que en esa España negra, de riguroso luto, de sotanas hasta los pies, de culto a la muerte, de silencio sepulcral, se imponía la doble vida. Abundaban las queridas por doquier, pero sólo se hablaba de ello por lo bajini. Florecían las casas de lenocinio en todas las ciudades, pero se les daba la apariencia de salas de baile y existían, cómo no, las relaciones entre personas del mismo sexo, hombres y mujeres, pero no eran públicas. Si implicaban a alguien del Régimen se miraba para otro lado y si no era afecto, pues a por él.

Llevaba casi un año en Fyffes cuando vio a Juan por primera vez. Se miraron fijamente, pero ambos fueron incapaces de sostener la mirada. Sintieron que estaban infringiendo todos los códigos que cada una de sus Españas les imponían. Pensaron que todo había sido un sueño y que aquello no iría a más. Juan adujo estar enfermo para no ir a la prisión durante una semana. En ese periodo de tiempo intentó que le cambiaran su misión. Incluso se ofreció voluntario para ir a Gando, la prisión gran Canaria que acogió a los presos de la España republicana, pero fue inútil. Sus superiores consideraron que se debía a su misión en Santa Cruz de Tenerife y que no tenía ningún sentido salir de allí.

Fue un calvario. Un auténtico calvario. Para ambos. Pero también un deseo irrefrenable para romper amarras. Para pintar de color una España en blanco y negro que en situaciones como ésta, también en relaciones heterosexuales, suponía arrastrar una cruz para sus protagonistas, ya que los problemas les llovían desde todos los frentes. Y nunca mejor dicho. El panorama no podía ser más kafkiano para todos aquellos que no quieren entender. Y allí no entendía nadie nada. ¿Cómo era posible que un falangista de pro, miembro de una de las familias más acomodadas de las islas, se hubiera enamorado no ya de otro hombre, sino además de un republicano peligroso e irredento? ¿Y cómo era posible que un librepensador incorruptible hubiese puesto su mirada en un niño fascista, hijo de la alta burguesía explotadora y sostén del Ejército del general Franco?

Pero ellos, en su sufrimiento, en un sufrimiento que presentían eterno, deseaban luchar por su amor. Por sus deseos de conseguir un mundo mejor en el que cupieran los diferentes. Por un mundo que respetara los deseos de cada uno y tendiera a la reconciliación de dos bandos cada vez más opuestos, cada vez más distintos y distantes. En su fuero interno sabían que sus posibilidades de éxito eran casi nulas. Pero el amor era el acicate para seguir en la brecha, el objeti-

vo de una lucha que había dejado de ser política y que era del mundo contra ellos.

La noticia no tardó en salir a la luz. Los prebostes franquistas pusieron el grito en el cielo y decidieron enviar a Juan a la Península. Fue de madrugada. Llegó a Sevilla donde se incorporó a las tropas del general Queipo de Llano. Su vida, a partir de ese momento, fue un deambular por el frente, donde llegó a ser herido en una pierna, y el hospital donde permaneció por espacio de casi cuatro meses.

Arcadio recibió también el rechazo de los suyos, con la excepción de alguno de los poetas y escritores del penal que le apoyaron en su decisión de principio a fin. Recordaba sus tiempos universitarios donde había sido alumno de Juan Negrín, en su cátedra de Fisiología en Madrid. Sus conversaciones con el intelectual y político, denostado también por miembros de las dos Españas. Y no podía pegar ojo durante muchas noches, noches negras y eternas que le conducían a la nada. Noches interminables en las que la idea del suicidio se le pasaba por la cabeza una y otra vez.

Pero el amor no tiene fronteras. Ni barreras. Ni fuerza humana capaz de frenar lo irrefrenable. Así, de cuando en cuando, y a hurtadillas, recibía cartas de Juan través de otro joven falangista amigo de éste que se las hacía llegar. A su vez, servía de correo a los escritos de Arcadio, quien en una de sus interminables noches escribió:

*No llega la noche  
sobre el polvo incólume  
de la libertad abierta  
al salón de los bufones.*

*No llega la noche  
en la luminosa hacienda  
del caballo de cartón,  
fantoche de la vida solariega.*

*No llega la noche  
al encuentro del tirano  
que persigue en la agonía  
a quienes piden su pan.*

*No llega la noche  
ni la luz  
ni la armonía  
en el lejano bosque  
de pájaros enjaulados.*

*Nunca llega la noche  
donde no puede abrir el alba.*

Corría aún la década de los 40 cuando Arcadio pisó de nuevo la calle. Estaba claro que Juan había removido el mundo hasta conseguir su puesta en libertad. Caminó perdido. Aturdido. Como un autómatas. Por el centro de una ciudad fantasma. Santa Cruz de Tenerife olía a silencio. A miedo. Anduvo durante varias horas sin rumbo. Perdidoo. Acogió en sus pulmones todo el aire del que fue capaz y fue exhalando poco a poco. No estaba seguro de haber recobrado por entero su libertad. Pero estaba seguro de que, a partir de ese instante, ya nada volvería a ser igual.

Los obreros estaban colocando en lo alto del arco de la puerta el letrero de Mercado Municipal de Nuestra Señora de África, nombre puesto en honor de la onomástica de la esposa del capitán general de Canarias, Ricardo Serrador Santés, protagonista de la "sanjurjada" (intento de golpe de Estado contra la República el 9 de agosto de 1932) y proclive a la doble vida según carta enviada por el entonces gobernador civil, con apoyo del obispo de la diócesis, al todopoderoso Ramón Serrano Súñer, cuñadísimo de Franco, en la que se quejaban de sus costumbres de hacer ostentación de querida y de compañías femeninas poco recomendables.

Le gustó. Siempre le habían encantado los mercados de abastos como consecuencia de su desmedida afición a la cocina y de sus especiales

habilidades culinarias. Le alegró la idea de que dentro de esa España que había triunfado y él rechazaba hubiese lugares que le inspirasen paz y tranquilidad. Le atraía ese aire colonial del edificio, diseñado por el arquitecto José Enrique Marrero, con arco, patio central y torre mudéjar, a la imagen y semejanza de las misiones californianas. No sabía por qué, pero estaba seguro de que ese mercado iba a ser uno de sus sitios predilectos. No se equivocó. En él pasó buena parte del tiempo de ese año que vivió en Santa Cruz antes de partir hacia su exilio venezolano.

El reencuentro con Juan fue indescriptible. Pero ambos eran conscientes de que ahí no terminaban los problemas. Más bien empezaban. Toda la ciudad conocía su historia y muy pocos, incluidas sus familias y allegados, la aprobaban. Las relaciones iban a ser muy complicadas. Muy difíciles. Juan era ahora un abogado de éxito. Su apoyo al bando vencedor le había encumbrado, pero para muchos no era de fiar. Su relación con

Arcadio lo hacía harto difícil. Y llegaron los problemas. Y las limitaciones. Y las imposiciones. La relación, pese al amor, se hacía insostenible y empezaba a hacer agua por todos lados. Una mañana, muy, muy temprano, Arcadio desapareció. Subió a un barco con dirección a Caracas y la vida de ambos dio un giro espectacular. Se esfumaban en un segundo sus ansias de libertad.

Han pasado treinta y seis años. Y hoy, como ayer, ese ayer de Fray Luis de León, que en este caso sólo duró treinta y seis años, tiene en sus manos unas papas negras. No iguales, pero muy similares a las de entonces. Con la carne amarilla como los plumones de un polluelo. Levantó la vista, le miró de reojo y presintió que, por fin, la libertad era algo más que una palabra hueca.

Ilustración: Pablo Moncloa

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Nuestra Señora de África**.

